

## LA PATERNIDAD DE DIOS

Quien de vosotros conozca los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola sabe que empiezan con una página llamada «Principio y fundamento», en la que se ponen las premisas o bases de aquello que se va a desarrollar a continuación. Es una página muy importante:

*El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor, y, mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas cuanto para ello le impide. Por la cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y, por consiguiente, en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados (n. 23).*

Para san Ignacio, este es el presupuesto de todo el camino que conducirá a cumplir las opciones según la voluntad de Dios.

**Es obvio que el Sermón de la montaña** no tiene una estructura asimilable a la de los *Ejercicios* ignacianos. Sin embargo, es lícito plantearse la pregunta: **¿tiene también el discurso un principio y fundamento, una idea madre, un centro de fuerza desde el que partir y comprender el conjunto?**

Se han propuesto diversos puntos sintéticos o paradigmáticos. Para varios comentaristas, el principio unificador es el que llaman *rigor evangélico*. De hecho, es un modo de ver el discurso fundamentado sobre varias de las afirmaciones que lo constituyen. Podemos recordar la invitación a entrar por la «puerta estrecha» (Mt 7,13) o el imperativo de una justicia más grande que la de los escribas y fariseos: «Os digo que, si no sois mejores que los maestros de la ley y los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (5,20). Por no hablar de expresiones como: «El que descuide uno de estos mandamientos más pequeños (...) será el más pequeño en el reino de los cielos» (5,19) o «Pero yo os digo que todo el que se enfade con su hermano será llevado a juicio (...) si en el momento de llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti (...) vete primero a reconciliarte con tu hermano» (vv.22-24). E incluso: «Todo el que mira con malos deseos a una mujer ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (v. 28). El rigor es verdaderamente grande.

Otros exegetas parten de las bienaventuranzas, y para ellos la idea madre unificadora es el *gozo del Reino*. En el texto se llama «dichosos» por ocho veces a aquellos que viven las características del Reino —los pobres, los mansos, los humildes, los despreciados...— (cf.5,3-11) y sigue la exhortación a «alegrarse y regocijarse» en las persecuciones (cf. v 12).

Para algunos, el principio y fundamento es la voluntad de Dios que hay que cumplir para que se realice su designo: «No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (7,21); «el que escucha estas palabras mías y las pone en práctica es como aquel

hombre sensato que edificó su casa sobre roca» (v. 24). Esta voluntad de Dios se resume en una «regla» fundamental: «Tratad a los demás como queráis que ellos os traten a vosotros, porque en eso consisten la ley y los profetas» (v. 12).

Es evidente que hasta aquí se procede por referencias un tanto subjetivas. Nosotros quisiéramos preguntarnos si no hay un criterio más severo y capaz de ofrecer argumentos objetivos.

Me parece que hay una respuesta que, por su seriedad, está apoyada por varios exegetas: el pilar base, el punto central de todo el Sermón de la montaña es el Padrenuestro, que podría por ello ser considerado como su principio y fundamento.

— A este respecto existen pruebas, por así decir, de tipo cuantitativo.

Por ejemplo, si nos referimos al texto griego en la edición de Nestle, contando todas las líneas, pero sin tener en cuenta los puntos aparte, el discurso comprende 303 líneas, de las cuales 117 están antes y 116 después del Padrenuestro, que se encuentra, por tanto, exactamente en el centro.

Además, al considerar el Padrenuestro como el centro, es posible descubrir en el Sermón de la montaña (que no es fácil de entender en su estructura y aparece como una serie de argumentos que se suceden sin orden) una construcción quiástica, según la cual es posible detectar y ordenar los temas que preceden y siguen al Padrenuestro, expuestos a veces con el mismo número de líneas. En torno al pilar central se coloca una corona de temas en los que el primero se refiere al último, el penúltimo al segundo, el antepenúltimo al tercero... Este modo de proceder no es quizá absolutamente riguroso, pero tiene algo de válido.

En cualquier caso, de aquí se puede deducir una consecuencia a mi juicio interesante: el Sermón de la montaña no está hecho simplemente para ser escuchado, porque en tal caso no se capta la unidad; y ni siquiera para ser meditado fragmento a fragmento, como sucede en la liturgia. Para captar su unidad debe ser meditado en su conjunto, como estamos intentando hacer. De hecho es un texto muy cuidado por parte de Mateo, que ha elaborado con gran atención materiales tradicionales, juntándolos y relacionándolos.

— En cualquier caso, hay un criterio que me convence más y que podríamos definir como cualitativo y formal respecto a los criterios más materiales.

Observamos que el término «Padre» aparece muy a menudo en el Sermón de la montaña: cinco veces antes del Padrenuestro, cinco veces en la perícopa central, que lo incluye, y cinco en la parte conclusiva. Es difícil que esto no haya sido querido expresamente con el objeto de hacernos entender que el tema de la paternidad de Dios, expresado en el Padrenuestro, es verdaderamente fundamental, central y originario del discurso completo.

Cito por claridad. Encontramos una primera mención en el cap. 5: «Al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (v 16).

Siguen otras dos alusiones, siempre en el cap. 5: «De este modo seréis dignos hijos de vuestro Padre celestial» (v. 45) y «vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (v 48). Y las dos últimas alusiones antes del Padrenuestro dicen así: «Entonces vuestro Padre celestial no os recompensará» (6,1) y «tu Padre, que ve en lo escondido, te premiará» (v 4).

Cinco son también las menciones en la sección central del discurso: «Ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te premiará» (6, 6); «ya sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de que vosotros se lo pidáis» (v 8); «vosotros

orad así Padre nuestro, que estás en el cielo» (v 9); «también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial» (v 14); «tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas» (v.15).

Cito, por último, las cinco alusiones en la parte conclusiva: «Excepto tu Padre, que está en lo escondido. Y tu Padre, que ve hasta lo más escondido, te premiará» (6,18); «sin embargo vuestro Padre celestial las alimenta [a las aves del cielo]» (v 26); «ya sabe vuestro Padre celestial que las necesitáis» (v. 32); «¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las piden!» (7,11); entrará en el Reino «el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (v 21).

A la luz de tales consideraciones, ¿qué significa la centralidad del Padrenuestro? Me lo he preguntado muchas veces después de haber elaborado el esquema que he expuesto.

*El clima de todo el discurso* -lleno de afecto, de ternura, de confianza filial, no de simple rigor, no de ética- es el de una *mirada al Dios conocido como Padre*. Nos enseña, por tanto, a vivir la paternidad divina y nuestra filiación; nos enseña a vivir la fraternidad entre nosotros para ser verdaderamente hijos del Padre que está en los cielos. **La gran imagen de Dios como Padre se conjuga con la de nosotros como llamados a ser hermanos leales, veraces, misericordiosos y respetuosos con la palabra dada de unos a otros.**

Si el Sermón de la montaña enseña cómo podemos vivir como hijos, no hay duda de que es exigente y severo; pero al mismo tiempo debemos tomarlo con espíritu filial. No es un nuevo decálogo de un señor o de un amo: es la ley del Padre que quiere que sus hijos sean felices y les explica cómo comportarse para serlo.

Notemos que el término «discípulos» aparece solo al comienzo del texto; la repetición del término «Padre» indica que es el discurso de los *hijos* y que, por ello, contiene palabras de gozo, de confianza y de serenidad que alegran el corazón.

Vale la pena recordar que el discurso supone el bautismo: para ser hijos es preciso que haya alguien que nos lo diga, y en el bautismo es Dios mismo quien ha pronunciado nuestro nombre y nos ha llamado «hijo mío, hija mía».

- Hay un segundo significado de la centralidad del Padrenuestro: de este modo se nos dice que el discurso puede ser vivido solo en la oración y a partir de ella. Porque practicar lo que Jesús pide es una gracia, no un deber. Por eso el discurso debe ser orado, debe estar impregnado de oración; las actitudes que se nos proponen deben ser objeto de intensa petición a Dios, dado que nosotros no somos capaces y solamente él nos los puede dar. Esto está confirmado por la invitación que Jesús nos dirige hacia el final del texto: «Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y os abrirán. Porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra, y al que llama le abren (...) ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las piden!» (7,7-11).

### **UNA CLAVE DE LECTURA DEL PADRENUESTRO**

En este punto sería bonito detenerse para explicar cada una de las peticiones del Padrenuestro, así como para introducir la explicación del Sermón de la montaña. Sin

embargo, tengo dificultades para ello, porque se nos haría muy largo y dilatado en el tiempo.

Me limito a hacer dos reflexiones que introduzco en forma de pregunta: ¿cuál es el jugo, el tema central del Padrenuestro? ¿Cómo lo reza nuestro corazón?

### La sustancia del Padrenuestro.

La sustancia es el deseo ardiente de que se cumpla el designio de Dios sobre nosotros y sobre el mundo, que el Reino se manifieste. Las primeras tres preguntas extraídas de la enseñanza de Mateo subrayan sustancialmente este mismo anhelo del corazón.

«Santificado sea tu nombre» se refiere a la glorificación del nombre de Dios en general y en abstracto. Esto se cumple en concreto con la venida del Reino en Jesús, en su muerte y resurrección, por medio de su Iglesia: una venida no solo terrena, sino escatológica: «Venga tu reino» expresa el deseo de que la gloria de Dios se manifieste en la plenitud de la vida y de la eternidad.

La tercera petición es «hágase tu voluntad»: la voluntad de Dios en nuestra vida nos ofrece día tras día y hora tras hora los modos por medio de los cuales el Reino llega desde ahora. Es una voluntad muy concreta y puede ser también muy dura (piénsese en Jesús en Getsemaní).

La proclamación de Dios como Padre y el deseo de que venga su Reino es en verdad – a mi parecer– el corazón de la oración. La segunda parte expone las condiciones para la venida del Reino, pidiéndolas con humildad: lo bastante de lo necesario para cada día, el alimento físico y espiritual, el perdón de nuestras culpas, la paz entre nosotros, la resistencia en la prueba, la liberación de todo influjo del mal.

Esta me parece que es la tensión fundamental del Padrenuestro. Quien reza hace propio el deseo apasionado de Jesús; un deseo que las pobres fuerzas de nuestro corazón humano no sabrían expresar y que en nosotros es fruto de la gracia.

Para rezar con un corazón puro. Quisiera ofreceros una última sugerencia para la oración/reflexión. No explicaré cada una de las preguntas del Padrenuestro, sino que intentaré un examen de conciencia.

Nos preguntamos: ¿cómo rezamos la oración de Jesús? ¿Tenemos verdaderamente en nosotros aquellos deseos que expresan las invocaciones de la oración mientras las repetimos con los labios?

Hemos dicho —es verdad— que nuestro corazón puede adquirir esta capacidad solo por la gracia y si nos dejamos llevar por el Espíritu. Pero en nosotros hay también un corazón mezquino, autorreferencial, limitado, que a menudo toma posesión de la oración y la inclina a sus intereses. En cualquiera de nuestras oraciones se libra una lucha entre aquello que queremos pedir según el Espíritu y aquello que de hecho pedimos según la carne.

Quisiera recorrer brevemente de nuevo con vosotros cada una de las invocaciones, preguntándonos cómo las pronunciamos para aprender así a orar según el corazón de Jesús.

-La palabra «Padre» no se refiere solo a una paternidad universal -podría pronunciarla entonces cualquiera que creyese en un Dios personal-, sino que designa al Padre de

Jesucristo, y al Padre mío (en el bautismo); como ya he recordado, puedo decir «Padre» porque él me ha llamado primero «hijo».

Invocándolo, ¿reavivo en mí la gracia bautismal, experimento el amor con el que Dios me ha generado a la vida divina?

-Añadiendo «nuestro» nos sentimos unidos a todos los bautizados, los fieles, los creyentes.

Desgraciadamente, nuestro corazón, en cambio, es a menudo estrecho y mezquino; pone ante todo a sí mismo, y pone a la Iglesia y a los demás en un segundo plano. Nuestro Padre quiere que recemos unánimemente: ese «nuestro» no es simplemente una llamada de fondo (están también los otros, está la Iglesia); nosotros rezamos en la Iglesia, con la Iglesia, en la totalidad de la Iglesia.

- «Que estés en el cielo». Es una expresión que, aunque simbolice una infinita distancia, deberíamos pronunciarla con un corazón lleno de reverencia. ¡Pero muchas veces nosotros somos irreverentes y descuidados en las relaciones con Dios y con los hermanos! Lo mismo que también, frente a la transparencia del «cielo», allí donde se cumple perfectamente la voluntad de Dios, nuestro corazón se reconoce ambiguo, torpe, amargado, inmerso en la confusión y en la niebla.

Supliquemos, por tanto, aquella reverencia que sabe adorar el misterio de Dios sumamente distante; y pidamos juntos la confianza en el Dios que está cerca de nosotros: una confianza que nos hace sentirlo como «cielo» en nuestro corazón. Ese es el modo en que el Señor nos pide rezar.

- «Santificado sea tu nombre». ¿Es este verdaderamente mi primer deseo? Si escuchamos nuestro corazón, nos damos cuenta de que algo así viene realmente después de otros muchos deseos: el de no tener molestias, el de lograr una cosa u otra, el de estar bien de salud y, sobre todo, el de que no disminuya nuestra reputación frente a los demás, nuestro prestigio. En fin, que deseamos que se nos dé la gloria; y después que Dios sea santificado. El corazón perfecto, en cambio, reza olvidándose de sí mismo, de la propia fama, del propio éxito, para buscar solo la gloria del Señor.

- «Venga tu reino». ¿Lo decimos verdaderamente como lo decía Jesús? ¿Anhela mi corazón verdaderamente el reino de Dios en su totalidad, y también en el cumplimiento de la vida celestial? ¿No es verdad que a menudo deseamos algunos aspectos del Reino, por ejemplo, la paz, el bienestar y la justicia, o la reconciliación entre los hombres, pero sin estar dispuestos a dejarlo todo, a coger la cruz,...?

En otras palabras, ¿pedimos la venida del Reino como la pedía Jesús, en su totalidad – así como ese Reino se muestra en él, crucificado y resucitado- y en su plenitud definitiva?

- Así el «hágase tu voluntad» contrasta con nuestra voluntad y decimos: hágase tu voluntad cuando coincide con la mía; y, si hay discordia, que sea la mía la que se cumpla. Jesús en el huerto de los Olivos muestra lo difícil que es rezar de verdad «hágase tu voluntad».

Me acuerdo de un joven cura, un santo cura, un hombre ejemplar. En los últimos días de su vida, yo iba a verlo y, repitiendo la oración con que concluyen los Ejercicios espirituales ignacianos, me confiaba lo duro que para él era rezarla y hacerla propia: **«Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer: Vos me lo distes, a Vos, Señor,**

**lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta» (n. 234).**

Poder rezar verdaderamente «hágase tu voluntad» es una gracia que se debe pedir con perseverancia, porque de algo así no somos capaces.

- En cambio, nuestra invocación «danos hoy nuestro pan de cada día» nos aparece conforme con el plan de Dios. Sin embargo, si reflexionamos bien, nos damos cuenta de que, pronunciando aquellas palabras, queremos también un cierto bienestar: el coche, la televisión, todos los aparatos necesarios, el ordenador...

Tampoco tenemos el espíritu de austeridad y de renuncia que la invocación requiere. Pedir el pan de cada día equivale en realidad a pedir solo lo necesario, y al mismo tiempo saber ser feliz sin buscar nada más. De tal modo que, cuando nos preocupamos demasiado por el dinero, por el mañana, eso es un signo de que rezamos sin profundidad.

- Tal vez nos parece que la siguiente invocación podemos hacerla nuestra con facilidad: «Perdona nuestras ofensas». Sin embargo, he encontrado muchas personas que invocaban el perdón de los pecados sin fiarse del todo y que siempre permanecían perturbadas y amargadas por el peso de sus culpas. Estaban aplastadas por las costumbres negativas y no creían que Dios perdonara nuestras ofensas con plena, gratuita y misericordiosa bondad. Estamos invitados a examinar con atención si verdaderamente tenemos la certeza de que él nos perdona y que lo hace de manera majestuosa.

- «Como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Tal vez nos parece que no tenemos enemigos ni deudores, que no debemos nada a nadie y que nadie nos debe nada. Un serio examen de conciencia nos hace comprender, en cambio, que llevamos dentro amarguras secretas, por ejemplo, hacia personas de las que esperábamos respeto, atención o consideración y que en cierto momento nos decepcionaron (superiores en la Iglesia, amigos, los mismos padres, etc.). Algunos casi no perciben que albergan amargura, descontento y odio: sentimientos que emergen en los momentos más difíciles y dolorosos, desencadenando lamentos y recriminaciones de los que no imaginarían que serían capaces.

- También la petición «no nos dejes caer en la tentación» parece fácil. De hecho, si escudriñamos nuestro corazón, descubrimos que no somos completamente sinceros: no estamos del todo descontentos con que las tentaciones vayan y vengan en torno nuestro, jugamos con ellas, sin una decisión seria de vencerlas -aunque algunas veces se trataría de cosas pequeñas, como por ejemplo no prolongar el tiempo ante la televisión en las horas nocturnas-. Conozco personas que, al término de los ejercicios espirituales, se han propuesto renunciar a Internet para no dejarse arrastrar donde no quisieran. Una intención práctica, concreta y, a la vez, difícil y valiente.

No siempre tenemos esta determinación, y debemos preguntarnos si ponemos en práctica el Sermón de la montaña: «Si tu ojo derecho es ocasión de pecado para ti, arráncatelo y arrójalo lejos de ti (...) Y si tu mano derecha es ocasión de pecado para ti, córtatela y arrójala lejos de ti» (Mt 5,29-30).

- «Líbranos del mal». Demasiadas veces nuestro corazón mezquino deja que el enemigo nos ronde con actitudes de pesimismo, de tristeza o también de quejas sobre nuestro



tiempo y nostalgias de los tiempos pasados. Quizá diciendo «líbranos del mal» no estamos deseando verdaderamente que el mal se aleje; y dejamos que sus influjos, por lo menos aquellos menos evidentes, nos atrapen y nos afecten en lo interior. Pedimos al Señor, por intercesión de la Virgen, el don de rezar el Padrenuestro con corazón puro, como desea Jesús.

Es una oración que nos muestra el rostro del Padre y que nos interroga profundamente. Si nos dejamos afectar e interpelar por ella, se verificará para nosotros la palabra: «Dichosos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).